

Van donde su temor las encamina ;  
Y así dejaron desembarazado  
Aquel compás y toda la ribera ,  
De manera que sin impedimento  
Pasaron los demás y el campo todo ,  
Hicieron allí noche y otro día  
Colaron adelante descubriendo  
Aquellas poblaciones circunstantes.  
Do no faltaron acometimientos  
Y algunas resistencias porfiadas ,  
En las cuales cotidianamente ,  
Llevaban lo peor los naturales ,  
De tal manera que por bien tuvieron  
Acudillos de paz algunos dellos ;  
Y tanteada ya toda la tierra  
Y a poco mas ó menos los vecinos  
Que podría tener , buscaron sitio  
Para fundar morada permanente ,  
Y diez ó doce leguas adelante  
Del paso que los indios defendían  
Hallaron un asiento proveído  
De las comodidades necesarias ,  
Donde con las solemnes ceremonias  
Usadas en negocios semejantes ,  
En nombre del invicto rey Filipo  
Fundaron la ciudad , á quien se puso  
Nombre de Zaragoza , cuya tierra  
Abunda de riquísimos veneros ,  
Y es el día de hoy por su riqueza  
De varios negociantes frecuentada  
Ansí por tierra como por los rios  
Que van á desaguar al mar del Norte ,  
Por estar Zaragoza situada  
Acia las juntas de los rios Porce  
Y Nichi , cuyas aguas dan aumento  
Al gran rio de Cauca que se mezcla  
Después con otro de la Magdalena ,  
Los unos y los otros navegables ,  
Aunque por las zozobras de corrientes  
Los vasos do navegan son canoas  
Que pegadas á tierra van bogando .  
Fué pues el fundamento deste pueblo  
Año de ochenta y uno , demediado  
El mes que los hebreos idar llaman ;  
Y hecha descripción y apuntamiento ,  
Fuieron cuarenta solos los vecinos  
Encomendados de repartimientos ,  
Segun la cantidad de naturales  
Que por aquellos montes habitaban .  
E ya puestas las cosas en el orden  
Que parecia ser mas conveniente  
A la defensa desta nueva planta ,  
Electos los alcaldes y oficiales ,  
Nombró Gaspar de Rodas por teniente  
A Fernán Sanchez , hombre de gobierno ,  
Y él se partió con los demás soldados  
Al sitio donde fué San Juan de Rodas ,  
En la parte que llaman Iltuango ,  
Que despobló Valdivia , segun dije  
Atrás en el discurso de su vida ;  
Donde pacificó los naturales ,  
Erigiendo ciudad en el asiento  
Antiguo con el nombre que tenía ,  
A la cual dió vecinos veinte y ocho  
Que son encomendados , y hoy se valen  
Entre tan indomable barbarismo  
Mediante las industrias y consejos  
Deste gobernador , cuya prudencia  
Al bárbaro feroz ha puesto freno .  
Dejando pues allí por su teniente  
A Juan de Rodas , un pariente suyo ,  
A su casa volvió con intenciones  
De convocar soldados con que pueda  
Escudriñar secretos de la tierra ,  
Que por estar cerrada de montañas  
No sin dificultad pueden saberse ;  
Y presumen habellos importantes ,  
Porque claro se ve ser una pasta  
De ricos minerales donde quiera  
Que rios y quebradas se cateen ;  
Mas agora de nuevo no sabemos  
Otra cosa que sea de momento .

Y así deste gobierno me despido ,  
Porque futuros acontecimientos  
Dirálos á su tiempo quien los vido ,  
Cumpliendo cada cual con sus intentos ;  
Pues agora mi principal ha sido  
Tractar de los primeros fundamentos  
Desde el principio hasta nuestra era ,  
De quien si mas supiera mas dijera .

### RELACION BREVE

*de las tierras de la gobernacion del Chocó , y cosas en ella  
acontecidas desde el tiempo que entró en ella el capi-  
tán Gomez Fernandez , hasta que le fué dado el gobierno  
y conquista á Melchior Velazquez , vecino de la ciudad  
de Buga .*

### CANTO PRIMERO.

Otra gobernacion agora resta ,  
Que es el Chocó , de quien algunas veces  
Hemos tractado como de pasada ,  
Cuyos confines sé que simbolizan  
Con los de Santafé que van corriendo  
Acia la mar del Norte por montañas ;  
Y este gobierno tiene de presente  
Un Melchior Velazquez , no tan lleno  
De prósperos sucesos de fortuna  
Cuanto de virtuosas propiedades  
Y partes que son dignas de alabanza ,  
Soldado viejo de los mas antiguos  
De Popayan , y bien ejercitado  
En todos los trabajos de conquistas .  
Cuyo discurso no será prolijo ,  
Por ser gobernacion algo moderna ,  
Y haber faltado por la tierra della  
Buena comodidad para poblalla ,  
A causa de ser toda montuosa ,  
Húmeda , pluviosa , desgraciada ,  
De pocos naturales , aunque ricos ,  
Porque la tierra toda va sembrada  
De venas caudalosas de buen oro ,  
Vistas y cateadas por los nuestros  
En diferentes rios y quebradas .  
Y así corria la noticia della ,  
Con otra mas antigua del Dabaibe ,  
Que por aquel paraje se publica  
Estar , y aunque de muchos inquirida ,  
Ningunos le pudieron dar alcance ;  
Adonde segun fama las riquezas  
De los enterramientos sobrepujan  
A las que del Cenú se descubrieron ,  
Segun en su lugar quedó notado ,  
De cuya causa principales hombres  
Apetecian el descubrimiento ,  
Entre los cuales fué Gomez Fernandez ,  
Primero fundador de Caramanta ,  
Del cual hice mencion en otras partes  
Por ser hombre de gran merecimiento ,  
Valiente , liberal , industrioso  
Y en posible no mal afortunado .  
Este , con el deseo que tenía  
De rastrear aquella gran noticia  
Y ver el fin de aquel encantamento ,  
Demandó la conquista desta tierra  
A los señores del real senado  
Que en este nuevo reino de Granada  
En aquella sazón eran jueces :  
Los cuales se la dieron facilmente ,  
Atentos al valor de su persona  
Y á la mucha substancia que tenía  
Para hacer soldados y pertrechos  
A su descubrimiento necesarios ;  
Pero diósele con aditamento  
De que primero y ante todas cosas  
Allanase los indios rebeldes ,  
Importunos entonces y molestos  
A Santafé , la villa de Antioquia ,  
Desde aquel tiempo que Toné cacique  
Los hizo levantar , segun se dijo  
En el lugar y parte que convino ,  
Y con que diese nuevos fundamentos

A la vieja Antioquia despoblada .  
Aceptó la merced y hizo gente  
De caballo y de pié , y en el avío  
Gastó crecida suma de dineros :  
Finalmente salió de Caramanta  
Con ochenta soldados escogidos ,  
De los cuales es uno Bernardino  
Mojica de Guevara , varon noble ,  
En este pueblo donde yo resido  
Vecino principal y contioso ;  
Y en cumplimiento del real mandado  
Fué por el año de cincuenta y siete  
Con aquestos soldados en demanda  
Del cacique Toné , bárbaro duro ,  
Gallardo mozo , suelto , bien dispuesto ,  
De fuerzas monstruosas y atrevido ,  
En quien nunca jamás hubo descuido  
Para se defender de sus contrarios  
En ciertas barbacoas , cuyos troncos  
Gruesos , bien afijados en la tierra ,  
Subian en altura cuatros brazas ,  
Espesas las hileras , y por orden  
Que , travesadas vigas por lo alto  
Y dada perficion al soberado ,  
Pudieron fabricar seguramente  
Casas pajizas para sus albergues ;  
Y lo mas alto de la barbacoa  
Ceñido con maderos ajustados  
Que volaban segun el colgadizo  
Que llaman los latines meniano ,  
Tan alto que servia de muralla  
Y amparo contra tiros estrangeros ,  
Por él hechas troneras provechosas ,  
Para poder valerse de los suyos ;  
De que tenían cantidad inmensa ,  
Lanzas muy largas , piedras ponderosas ,  
Flechas y dardos , gruesos estacones  
Que piramidalmente van labrados  
Hasta se rematar en subtil punta  
Tostada , tan aguda que desmalla  
Las mas fortificadas armaduras ;  
Empinadas á trechos grandes vigas  
Suelas y sin ninguna ligadura ,  
Pero de tal manera que juzgaran  
Ser á la fabrica correspondientes ,  
Y para substentar su pesadumbre ,  
Siendo cualquiera mano poderosa  
Para precipitalas facilmente  
Sobre los que llegasen descuidados .  
Tenian abundancia de alimentos  
Arriba recogidos , y en canoas  
O maderos cavados agua mucha ,  
Demás de las vasijas de sus vinos ;  
Y para no perder la que del cielo  
El pluvioso nimbo destilaba ,  
Tenian en las alas de las casas  
Hechas de gruesas guadúbas canales ,  
Cuyas corrientes iban dirigidas  
A los vasos que estaban contrapuestos .  
Ansimismo sembraron los caminos  
De hoyos do cayesen los caballos ,  
Y en ellos estacones afijados ,  
Puyas por consiguiente peligrosas  
Por unas y otras partes derramadas :  
Todo con tal industria disfrazado ,  
Que la del español fué necesaria  
Para poder librarse del engaño ,  
Porque Gomez Fernandez como diestro  
A todo dió reguardo descubriendo  
Cualquiera trompezon disimulado .  
Y así sin sucedelles desavío ,  
Llegaron al primero soberado  
Donde Toné tenía su morada ,  
Sus hijos y mujeres y familia ,  
Y entrellos cien gandules de pelea  
Para defensa desta fortaleza ;  
Porque los escuadrones que hallaron  
Opuestos al camino que llevaban ,  
Que pelearon pertinacemente ,  
Habian sido ya desbaratados .  
Salidos pues del monte mas cercano ,  
Vieron la fabricada fortaleza

Encima de una loma que tenía  
De longitud hasta doscientos pasos ,  
Pero de latitud la mitad menos :  
La cual por todas partes ocupaba  
El fuerte y edificio de madera ,  
Y por cualquiera parte la subida  
Para llegar á él era ladera  
Aspera de subir y trabajosa .  
Puestos á punto pues los españoles ,  
Por una y otra parte rodearon  
La dicha fortaleza , defendiendo  
Que no pudiesen indios acudillos  
De los que estaban fuera con socorro ,  
Y requiriéndolos por muchas veces  
A los que estaban dentro que se diesen ,  
Porque si se mostraban pertinaces  
Los pasarian todos á cuchillo ,  
Y saliendo de paz no les darian  
Sinsabores , agravios ni molestias :  
Los indios respondían con las armas  
Y con mayores fieros y amenazas ,  
Toné principalmente , que decia :  
« Llegaos un poco mas acá , cristianos ,  
Por el tributo que se os adereza :  
Dejaremos las armas de las manos  
Para ponéros las en la cabeza ;  
Y aun de vosotros á los mas lozanos  
Tengo de desmembrar pieza por pieza ,  
Porque si padecéis muerte prolija  
La paz que me pedis quedará fija . »  
Oídas por los nuestros las razones  
Con otras desvergüenzas insufribles ,  
Comenzóse de veras el combate  
Por una y otra parte , disparando  
El arcabuceria violenta  
Al pretil y troneras dirigida ,  
Por no dalles lugar á los contrarios  
Para que de sus armas se aprovechen ;  
Y entre tanto los otros españoles  
Se llegaban con mantas de madera  
Cubiertos al enbiesto baluarte ,  
Que no podia ser sin mucho riesgo  
A causa de las nubes que caian  
De dardos , flechas , lanzas y de piedras  
Y algunos estacones de los cuales  
Uno cayó sobre Diego de Ardila ,  
Que ponía rodela por delante  
A un soldado de los mosqueteros ,  
De tal manera , que rompió la punta ,  
La rodela , cojin y fuertes armas ,  
Y el brazo del Ardila juntamente  
Por una y otra parte traspasado ;  
También á Bernardino de Mojica ,  
Rodelero de aquel García de Arce  
A quien despues mató Lope de Aguirre  
En el rebelion ya referido  
En la primera parte de mis cantos ,  
Cuya piedra le dió por el costado  
Encima de las armas , que lo hizo  
Rodar por la ladera trompicando ,  
Mas luego revolvió con mas coraje  
Al puesto do quedó su compañero ,  
Y estando los dos juntos vió García  
Una gran viga que se despegaba  
Del baluarte , y en aquel instante  
Al Mojica diciendo : « ¡ guarda , guarda ! »  
Le dió tal empellón que lo retrajo  
Hartos pasos atrás , y él ansimismo  
Se desvió con un veloce salto ,  
Y fué tan necesaria la presteza  
Que si tardaran un solo momento  
Allí quedarán hechos mil pedazos .  
En esto consumieron aquel día  
Sin se hacer efecto provechoso ,  
Y el tiempo que duraron las tinieblas  
Nocturnas , fué comun la vigilancia  
Rondándose la cerca con silencio ,  
Porque se recelaban de huida ,  
A causa de tener el monte cerca ;  
Y porque les faltasen las señales  
Y objetos á los tiros de las flechas  
Que con obscuridad iban volando

A poco mas ó menos en demanda  
Del católico bando que no vian,  
Los nuestros no quisieron hacer lumbre  
Hasta llegar la del siguiente día,  
Donde se refrescaron los combates,  
Fuegos artificiales y alcancías,  
Baldías pues al alto no llegaban,  
Porque con el temor de las respuestas  
De jáculos que punto no cesaban,  
No les daban el vuelo que pudieran  
A no tener escudos embrizados  
Con el cuidado que les convenia,  
Que para las mover con llena fuerza  
No dejaba de ser impedimento;  
Bien que García de Arce muchas veces  
En el cañon del arcabuz cargado  
También ponía flechas encendidas  
Que daban en la paja de las casas,  
Mas esto remediaban prestamente  
Los bárbaros con agua y otras cosas  
Que no dieron lugar á que la llama  
Cobrase fuerza ni prevaleciese.  
Y así permaneció la fortaleza  
Ilesa por espacio de seis días,  
Sin que los defensores aflojasen  
Ni les faltasen armas ofensivas;  
Y al cabo deste tiempo de los nuestros  
Solos dos escaparon sin heridas,  
Aunque ninguna dellas peligrosa,  
Pues por la mayor parte los catios  
Nunca tuvieron uso de veneno.  
Vista pues la dureza de los indios,  
Mas eficaz remedio procuraron,  
Y fué ponelles fuego por debajo,  
Para lo cual trajeron mucha paja,  
Haces lijeras que con una mano  
Podian arronjar al pié del fuerte,  
Con la siniestra bien arrodellados:  
Al fin pusieron fuego, puesto caso  
Que no faltó terrible resistencia,  
Con industrias y mañas admirables;  
Y como los estantes eran gruesos  
Y la madera dellos no dispuesta  
Para que facilmente se quemase,  
No hicieron entonces los efectos  
Que nuestros españoles deseaban,  
Pero del humo las molestas nubes  
En excesivo grado fatigaban  
A los que ya perdian esperanza  
De se poder valer estando dentro.  
Y así Toné mandó que se hiciese  
Acia la parte menos asechada  
Un portillo pequeño por adonde  
Saliesen las mujeres entre tanto  
Qué razonaba con los españoles,  
Y procurasen con veloce paso  
Meterse por el monte mas cercano,  
Pues tenian bien cerca la guarida  
Y los oscuros humos ayudaban  
Para hacello mas cómodamente.  
Esto se puso luego por la obra;  
Y el astuto Toné con la voz alta  
Les dijo: «Por amor de Dios os ruego  
Que no me pongais fuego, pues ya veo  
Ser torpe devaneo resistencia  
Y que mi diligencia nada presta  
Contra vuestra molesta pertinacia;  
Paz, amistad y gracia quiero y pido  
Y darne por vencido con mi muro,  
Como me deis seguro de la vida,  
Porque soy homicida de cristianos  
Que fueron por mis manos descompuestos,  
Viendo sus deshonestos pensamientos  
Y mil atrevimientos insufribles;  
Y en casos tan terribles la defensa  
Es en cualquier ofensa permitida.  
Recelo mi caída, y así quiero  
Dejar el arco fiero con sus tiros,  
Prometiéndome serviros llanamente,  
Sin que jamás intente movimiento  
Que os dé desabrimiento ni desgusto:  
Si es lo que pido justo, dad abierta

Resolucion y cierta brevemente,  
Para que con mi gente luego salga.»  
Oyeron las razones declaradas  
Por lengua que sabia su idioma,  
Y por satisfacer á su demanda  
Luego Gomez Fernandez le responde:  
«Bien conozco, Toné, que guerras luengas  
Nunca jamás se ven sin hombres muertos:  
Temor de lo pasado no lo tengas,  
Pues sales á pacíficos conciertos;  
Haz lo que dices, porque como vengas  
Yo te recibiré brazos abiertos,  
Y así lo manda la real persona  
Que los yerros pasados te perdona.  
«Este es el gran Filipo, señor mio,  
Gloria de los imperios castellanos,  
A cuya majestad y señorío  
Obedecen los principes cristianos,  
Y el infiel y bárbaro gentío  
A su potente voz se hacen llanos;  
Lo cual si haces tú como discreto,  
Seguro de la vida te prometo.»  
El bárbaro segunda vez promete  
De dar la paz y ser leal amigo,  
Debajo de lo cual muchos soldados,  
Sin el recato que les convenia,  
Se fueron acercando mas al muro,  
Y á uno que llegó mas descuidado  
Un jáculo mortal de dura punta  
Le traspasó las intimas entrañas  
Y dió fin á sus días brevemente.  
En este tiempo ya por otra parte  
Iban huyendo acia la quebrada  
Montuosa que estaba por delante  
Un golpe de muchachos y mujeres.  
Sirviéndoles el humo de cubierta;  
Y un lusitano dicho Juan Fernandez  
Acaso vió huir por la ladera  
A gran priesa la gente que salia,  
El cual dió voces á los compañeros  
Diciéndoles: «¡A ellos, que se huyen!»  
Acuden los que cerca se hallaron  
Para los detener y hacer presa,  
Y en este punto para defendellos  
Arronjóse Toné por el portillo  
Con un espada lucia castellana,  
Despojo por sus manos adquirido,  
Poniéndose delante de los nuestros,  
Con tan terribles golpes y osadía,  
Que detuvo sus pasos presurosos  
Por dalles mas lugar á los que huyen:  
Rebate los aceros castellanos  
Con tal compás de piés y lijereza,  
Y priesa de reveses tan á punto,  
A los unos y otros acudiendo,  
Que parecia verdaderamente  
Estar de mil demonios revestido;  
Y cuando ya sintió que sus mujeres  
Y hijos estarían en el bosque,  
Quiso desgalgar la cuesta abajo,  
Y recelándose que Juan Fernandez,  
Que mas se le metia por un lado,  
Al tiempo que volviése las espaldas  
Ejecutar podría sus intentos,  
No saben cómo dió con él en tierra,  
O ya podría ser caer el mismo,  
Mas no bien acabó de caer cuando  
Asió dél por la pierna con la mano  
Siniestra, y arrastrando lo llevaba,  
Segun suele hacer rapace fiera  
Al hombre miserable que durmiendo  
O ya velando, con imperceptible  
Velocidad de salto lo arrebató,  
Que si por caso gente bien armada  
La presa le sacó dentre las manos  
Queda miembros y huesos quebrantados  
Atónita, pasmada, sin sentido:  
Y poco menos de tan mala burla  
El fuerte y atrevido lusitano  
Al tiempo que Toné dejó la carga  
Por ille Bernardino de Mojica  
Con otros dos ó tres en el alcance,

El cual por salir libre del conflicto  
Tuvo por bien de les dejar la presa  
Y sin ella meterse por el monte;  
Pero de lance tan inopinado  
El portugués quedó harto corrido  
Y no menos molido que asombrado.  
Entre tanto los otros españoles  
Armados ocuparon el portillo,  
Y algunos intentaron entrar dentro  
Creyendo que se dieran los restantes,  
Y que gozaran de despojo rico,  
Que lo debía ser si no saliera  
El esperanza vana, porque fueron  
Con increíble furia rebatidos,  
Y en la presura y acometimiento  
Dos españoles valerosos muertos;  
Por cuya causa los demás soldados  
Avivaron el fuego retenido  
Con cantidad de leña que pusieron  
Por una y otra parte de la fuerza,  
Cuyas voraces llamas dieron vuelo  
Hasta llegar á las pajizas casas,  
Donde la turbacion confusa corre,  
Murmurio y alboroto descompuesto,  
Las voces y los ojos ocupados  
Del inconstante humo removido  
Por el sonoro soplo de los vientos,  
Que no les da camino por do puedan  
Hallar algun recurso de huida.  
Segun que muchas veces acontece  
Andar revueltos varios animales  
Cuando suelen indios cazadores  
Queimar zavasas altas en verano,  
Que viéndose de fuego rodeados  
Corren acá y allá con desatino,  
Y cuanto mas el fuego se recoge  
Y en mas breve distancia los congrega,  
Mayor es el confuso movimiento,  
Bullicio, confusion, desasosiego,  
Hasta que vivas llamas los ahogan:  
Así los miserables se confunden  
Unos sobre los otros apinados,  
Adonde perecieron brevemente;  
Verdad sea que muchos antes desto  
Con miedo del incendio peligroso  
Salieron y se dieron desarmados  
A la disposicion de nuestra gente.  
Mas otros duros, malos, pertinaces,  
Tomaron por remedio mas acepto  
Ser del inmitte fuego consumidos,  
Tanto que si sus hijos y mujeres  
Querian evadirse del peligro  
Ellos con manos impías, crueles,  
Al fuego los volvieran, donde fueron  
Los unos y los otros abrasados;  
Y así se dió fin á la fortaleza  
Deste valle que llaman Penderisco.  
Ahorcaron algunos después desto  
De los que se prendieron, y cortaron  
Manos, sin que mostrasen sentimiento  
Al golpe del machete los pacientes,  
Antes ejecutada la sentencia  
Metian ellos mismos en el fuego  
La sangrienta lision del trunco brazo  
Quemando fuertemente la herida;  
Y estos con libertad desenfronada,  
Al tiempo de salir dentre los nuestros  
Iban diciendo dellos mil blasfemias,  
Afrontas, vituperios y amenazas.  
Después que castigaron estos indios  
Caminaron dos leguas adelante,  
Adonde reposaron algun tiempo  
En un asiento llano y apacible  
Hasta convalecer de las heridas;  
E ya recuperada mejoría  
Determinaron ir á Nogobarco  
A combatir el fuerte que tenia  
En parte mucho mas inespugnable,  
Y en él hombres de guerra solamente,  
Absente la demás imbele chusma.  
Tenian los pertrechos y adherentes  
Que del primero dije, pero tantos

Que sin faltalles abundantemente  
Podian sufrir cerco muchos días;  
Y así lo defendieron treinta y nueve  
Con gran obstinacion, y fué la causa  
Ser muy mas empinadas las laderas  
Do fué la fundacion del edificio,  
Al cual pusieron cerco por dos partes,  
Haciendo sus trincheas y reparos  
Por no ser ofendidos de los tiros  
De que diurnas y nocturnas horas  
Daban en el real nubes espesas,  
Sin que por parte de los españoles  
Se pudiese hacer efecto bueno  
A causa de ser agra la subida.  
Y así, porque con salitrosos tiros  
Señoreasen mas la fortaleza,  
Y desde lugar alto descubriesen  
Y viesen los ocultos defensores,  
Tentaron de hacer un baluarte  
Alto, donde subiesen diez ó doce;  
Pero cuando los palos arbolaban,  
Fueron tantos los jáculos y piedras,  
Que hirieron en piernas y cabezas  
La mayor parte de la gente noble  
Que ponian las manos en la obra,  
Y á Bernardino de Mojica dieron  
Con violenta piedra la herida,  
Cuya cicatriz hoy se manifiesta  
En la mejilla del venusto rostro;  
Y así paró la máquina que digo.  
Pero con presurosa diligencia  
Volviéron á las mantas de tablonés,  
Con las cuales tentaron muchas veces  
Llegar al ligneo muro; mas por bajas  
Troneras asomaban gruesas picas  
Bien de cincuenta piés, con duras puntas,  
Que cantidad de indios meneaban,  
Y con ellas herian malamente  
Los piés que no podian ir cubiertos;  
Y aunque García de Arce, cuyos tiros  
No menos que de Febo fueron ciertos,  
Hacia mucho daño con las postas  
Que cargados cañones escupian  
Contra los asechantes agujeros,  
No por eso faltaban indios sanos  
Que luego socorrian y estorbaban  
El acometimiento de los nuestros.  
Y un Valdelomar, mozo robusto,  
De grandes fuerzas, hombre corpulento,  
Con su celada fuerte y otras armas  
Y una media burra de madera,  
Fué por el reventon mas adelante,  
Pero no sin castigo peligroso,  
Porque violenta piedra con su golpe  
Abolló la celada borgoñona  
Y dió con él en tierra quasi muerto,  
Diciendo: «¡Dios me valga!» y al momento  
Fué socorrido de los compañeros,  
Que fuera lo sacaron aturdido  
Y con herida grave, cuya cura  
Tardó no poco número de días.  
Vista pues la dureza de los indios  
Y cuán bien defendian su partido,  
Procuraron valerse de la leña  
Para ponelles fuego, segun antes  
Les convino hacer en Penderisco;  
Mas con aquellos largos burguneros  
La desviaban toda fácilmente  
Haciéndola rodar la cuesta abajo  
Por ser de reventones muy enhiestos.  
Y en esta porfiada pesadumbre  
Habian consumido treinta días,  
Los unos y los otros fatigados,  
Tanto que ya los bárbaros cesaban  
De las continas gritas y algazaras  
Con que vituperaban á los nuestros,  
Antes con reportadas apariencias  
Estaban en un tácito silencio,  
Tal que los españoles sospechaban  
O que dormían ó que estaban muertos;  
Y así determinaron dos soldados,  
Francisco Barco y Cristóbal Gonzalez,

Mancebos animosos y lijeros,  
Una siesta llegar tácitamente  
Por parte mas oculta y encubierta,  
Y entralles en el fuerte gateando  
Por los estantes que caian fuera,  
Armados de sus sayos estofados,  
A las espaldas puestos los escudos,  
Ceñidas las espadas y las dagas:  
Lo cual efectuaron, pero cuando  
Llegaban cerca para saltar dentro,  
Acudieron rabiosos defensores  
Con gran ruido, grita y alboroto  
Y diferentes armas en las manos,  
Con que precipitaron mal heridos  
A los determinados compañeros,  
Los cuales se volvieron a sus ranchos  
Con harto mayor prisa que vinieron,  
Y fué bien menester su lijereza  
Para se defender de la creciente  
De jáculos y piedras que tras ellos  
Iban encaminadas por los aires.

Tuvieron después desto los cercados  
Grande solicitud y vigilancia  
En se velar las noches y los dias,  
No sin aquellas gritas que solian  
Con afrentas, oprobios y amenazas:  
Un bárbaro ladino mayormente  
Se solia poner en cierta parte  
En lo alto del fuerte cada noche,  
Confiado de que con obscurana  
Tiro no le podia hacer daño,  
Y en lengua castellana les decia  
Desvergüenzas y deshonestidades;  
Pero García de Arce, puesto caso  
Que no podia ver al que hablaba,  
Do sonaba la voz guió la bala,  
Y fué con tan buen tino que con ella  
Hizo que resollase por el pecho,  
El cual con el angustia de la muerte  
Cayó dando gemidos lamentables.  
Pero los otros, porque no sintiesen  
Los nuestros las querellas del caido,  
Cantaban y hacian gran estruendo;  
Y él mismo les decia: «Ya mi vida  
Conozco ser rendida de la muerte,  
Y cómo se convierte mi sentido  
Al fin aborrecido que tenemos;  
No pueden los extremos de tristura  
Callar la desventura y el tormento  
Del gran dolor que siento, y al mas lleno  
Juicio le es ajeno sufrimiento  
Que como veloz viento se le aleja;  
Es el dolor de queja muy pariente  
Y del triste doliente la querella,  
Y así me voy con ella deslizando;  
Mas porque los del bando peregrino  
No sientan mi mezquino acabamiento,  
Será de gran momento lo que ruego,  
Y es que me mateis luego, sin tardanza,  
Y que tomeis venganza de mi muerte.»

Esto pusieron ellos en efecto,  
Y aun por ventura fué mantenimiento  
De sus voraces vientres, como suelen.  
Después los bárbaros por un portillo,  
Lugar secreto bien disimulado,  
Salian muchas noches con sus armas  
Y daban en el campo de los nuestros  
Con impetu terrible, de tal suerte  
Que no dejaban de hacelles daño,  
Y fuera mucho mas si no tuvieran  
Los españoles suma vigilancia,  
Estando todos bien apercebidos,  
Sin reservar heridos ni dolientes.  
E ya, del largo tiempo fatigados,  
Algunos murmuraban y quisieran  
Dejar aquel empresa de las manos,  
Y efectuar su principal viaje  
En busca de la tierra del Dabaibe,  
Pareciéndoles ser tiempo perdido  
Aquel que se gastaba porfiando  
En allanar aquella fortaleza  
Al parecer comun inespugnable;

Mas Francisco Moreno, valeroso  
Soldado, de los viejos de Antioquia,  
A quien después mató Gaspar de Rodas  
En singular certamen combatiendo,  
Levantóse del lecho mal herido,  
Y dijo las palabras que se siguen:

«Espántome, señores, grandemente  
Deste mal acordado movimiento,  
Y de que pechos de tan diestra gente  
Conciban semejante pensamiento,  
Pues soltar de las manos lo presente  
Es dar a los demás fuerzas y aliento,  
Y en vez de domeñar duras cervices  
Plantar para mas guerra mas raíces.

»Lo que nos cumple para paz entera  
Y dar a lo demás abierto tajo,  
Es deshacer aquesta ladronera  
Que nos ponen aquí por espantajo,  
Porque haciéndolo desta manera  
Lo demás allanamos sin trabajo;  
Mas si con su dureza dejais esta,  
La tierra toda queda descompuesta.

»Las armas nos tenemos en la mano  
Y a nuestros enemigos tras paredes:  
Nunca Dios mande que el honor hispano  
A menos venga por vuestras mercedes;  
Perseverad, pues tarde que temprano  
Han de venir a dar a vuestras redes,  
Y queriendo hacer mas asistencia  
Mañana no faltará ni diligencia.»

Estas y otras razones dijo, como  
Vecino de la villa de Antioquia,  
En cuyos propios términos caian  
Las gentes que venian allanando;  
Y así Gomez Fernandez informado  
De lo que los soldados procuraban,  
Les declaró su voluntad diciendo:

«Merece punición aquel que anda  
Tractando semejante desvario,  
Y aquesta no será con mano blanda  
Cuando tentare de hacer desvío,  
E yo no lo haré desta demanda  
Hasta ya dalle fin ó ver el mio,  
Y para dallo sin que mas se espere  
Cada cual haga lo que yo hiciera.»

A questo dicho, fué por su persona  
A la roca que estaba mas cercana,  
Cultura de los barbaros cercados  
Que contenia cantidad de leña,  
Y sobre sus antiguos hombros puso  
Un ponderoso hace, y arrojólo  
Al pié de la ladera que distaba  
Doseientos pasos de la fortaleza;  
Y todos los demás por muchas veces  
Hicieron esto mismo, hasta tanto  
Que se llegó erecida copia della.

Armáronse las mantas después desto,  
Burras y medias burras de madera,  
Y detrás dellas gente que hacia  
Hoyos con barras y otros instrumentos,  
Donde hincaban palos en hilera  
Como cuarenta piés del alto fuerte,  
Atravesando varas por los palos  
A manera de seto mal tejido,  
Pues era solamente por respecto  
De que la leña no se deslizase  
Por la clivosa y áspera subida  
Cuando los pertinaces defensores  
Usasen del astucia que solian;  
Lo cual hicieran ellos facilmente  
A no hallar obstáculo delante  
Y violentas balas que volaban  
A las troneras bajas y a las altas,  
Defendiendo por una y otra parte  
Los hombres ocupados en la obra.  
La cual conclusa como deseaban,  
Y cercada la parte que podia  
En alguna manera ser hollada,  
Cubiertos de los cóncavos escudos  
A causa de los jáculos y piedras  
De que siempre llovía muchedumbre,  
Iban las diestras manos arrojando

Con gran solicitud la seca leña  
Entre la fortaleza y el cercado,  
Tanto que ramas, pajas y fomentos  
Subieron dos estados en altura,  
Bastante para lo que pretendian;  
Mas como ya la sombra de la noche  
Venia los objetos encubriendo,  
Esperaron al dia venidero  
Para ponelle fuego, porque nadie  
De los que dentro de la fortaleza  
Estaban escapase de ser preso.  
Y el capitán y los demás soldados  
Nunca se divirtieron de aquel puesto,  
Las armas en la mano todas horas,  
Sin que por el espacio de la noche  
A los cansados miembros se les diese  
Aquel regalo que se les debía;  
Y no menos los indios procuraban  
Desbaratar la máquina compuesta  
Usando mil astucias y cautelas,  
Hasta les arrojaron vasos inmundos  
De fétidos y sucios excrementos,  
Pero ningunas cosas fueron parte  
Para desarrimarnos de la leña;  
Hasta tanto que ya febea lumbre  
Vino tendiendo sus dorados rayos  
Por aquel hemisferio y horizonte,  
Y antes que comenzasen los incendios  
Los llamaron de paz, y les hicieron  
Requerimientos y protestaciones  
Baldias. Y así, vista su dureza,  
Poner fuego se tuvo por remedio,  
Cuya veloce llama fué subiendo  
Hasta llegar a los pajizos techos;  
Lo cual visto por ellos, paz pedian  
Algunos, y esos no sin arrogancia,  
Porque decian: «Ya sabeis, cristianos,  
Cuasi que tanto como los catíos  
En astucias y en arides de guerra.»  
Al fin salieron muchos, pero como  
Estaban represados mil enojos,  
Algunos fueron muertos por los negros  
Eslavos que venian en el campo  
Y aun por los españoles agraviados;  
Otros prendieron, y otros mas protervos,  
Con verse ya cercanos a la muerte,  
Siempre permanecieron peleando  
Desde la fortaleza, hasta tanto  
Que ya se convirtieron en ceniza;  
Y a vueltas de otros muchos que hirieron  
Antes de ver su trance postrimero,  
Dieron a Bernardino de Mojica  
En un hombro con piedra ponderosa,  
Con tal quiebra de huesos, que este dia  
En tiempos pluviosos y revueltos  
No deja de sentir algun trabajo.

Algunos aborcaron de los presos,  
Y el uno dellos, cuandoregonaban  
«El rey manda hacer esta justicia»  
Dijo con un desgaire desdeñando:  
«¿Qué rey, qué rey es ese que lo manda?»  
Y el capitán, por ver el desacato  
Y aquel torvo mirar y furibundo,  
Mandó soltar un perro furioso,  
En estas cazas muy ejercitado,  
Que con impetuoso movimiento  
Fajó con él, y estándolo comiendo  
El indio le decia: «Come, come»,  
Sin que de su tormento diese muestra,  
Formase queja ni torciere gesto.  
Los demás enviaron libremente,  
Algunos sin narices y otros mancos,  
Que fueron pocos y de los mas viejos  
Que siempre suelen ser mas indomables;  
Y los que de lisiones iban libres  
Llevaban todos cruces en las manos,  
Encomendándoles que convocasen  
Sus amigos, sus deudos y parientes  
A la paz y amistad de los cristianos,  
Lo cual ellos hicieron con llaneza;  
Y así vinieron muchos, de los cuales  
El uno fué Toné, que después deste

Castigo guardó paz inviolable.

Entró García de Arce mas adentro  
De las montañas con alguna gente,  
Y con él Bernardino de Mojica,  
Y allanaron algunas barbacoas  
De menos importancia; y esto hecho,  
En cumplimiento de lo que mandaron  
Los jueces de la real audiencia,  
A la poblacion fueron de Antioquia,  
Donde poblaron, y quedó con veinte  
Soldados un Francisco Barahona,  
Cuya refundacion duró muy poco,  
Por no ser parte para sustentarse.

Partió Gomez Fernandez con los otros,  
Que serian ochenta, prosiguiendo  
Aquella gran noticia del Dabaibe,  
Rompiendo por montañas tenebrosas,  
Con tantas desventuras y trabajos  
Que seria particularizallas  
Entrar en un confuso labirinto;  
Y muertos dellos ya la mayor parte,  
Viendo su perdición y desavío,  
En balsas se bajaron navegando

Por el rio que llaman de las Redes  
Hasta las playas de la mar del Norte,  
Desde donde los pocos que quedaron  
Aportaron con riesgos increíbles  
A Tulú y a la mar de Cartagena.  
Donde Gomez Fernandez, no cansado  
De tan adversos trances, hizo gente,  
Y con hasta sesenta compañeros  
Volvió por mar en unos bergantines,  
Que lo desembarcaron en las playas  
De aquel rio que llaman Oromira;  
Mas oro no miró, sino trabajos,  
Hambre, calamidad, penalidades,  
Que para las hacer encarecidas  
Basta ser tales cuales se padecen  
En los apócrifos descubrimientos.

Y así por no hallar tierra dispuesta  
Para hacer morada permanente,  
Tomó la derecera de Antioquia,  
Atravesando ciénagas y rios,  
Montañas y breñales pluviosos,  
Donde la dura hambre dió remate  
De muchos ó los mas desta compañía;  
Y cuando los restantes allegaban  
A Tabebe, provincia que confina  
Con el fértil terreno de Antioquia,  
Do quedaba poblado Barahona,  
Los indios viéndolos debilitados,  
Enfermos, flacos, flojos, consumidos,  
Dieron en ellos, y al primer encuentro  
Mataron facilmente tres ó cuatro,  
E yendo ya los otros de vencida,  
Huyendo de la muerte que llevaban  
Consigno, si las manos acobardan

El buen Francisco Barco les decia:  
«Parad, parad, parad, gente perdida,  
Que si no haceis cara, nada presta  
En trance semejante la huida;  
El auxilio de Dios es el que resta,  
Las manos y el espada bien regida:  
A ellos, pues sabeis ser mas honesta  
La muerte peleando, que huyendo,  
La cara vida y el honor perdiendo.»

El capitán lo mismo les decia,  
De quien no se apartó Francisco Barco;  
Y así volvieron todos, y acometen  
Como rabiosos perros a los indios,  
Porque el temor sacó de la flaqueza  
Briosas fuerzas y gentil denuedo,  
Con que hicieron hechos admirables,  
Tanto que se creyó que meneaba  
Virtud superior piernas y brazos;

De cuyos golpes atemorizados  
Los indios los dejaron y huyeron,  
Y ellos continuaron su camino,  
En el cual los que dellos perecian  
Los apartaban fuera grande trecho,  
Porque si les viniesen dando caza  
Esta diminucion no conociesen.

Al fin, con esta grave pesadumbre  
Llegaron á Antioquia, do pensaban  
Hallar algun refugio; pero cuando  
No vieron español en el asiento  
Donde quedó poblado Barahona,  
Crecieron las congojas y el desmayo  
Y la desconfianza de la vida.  
Mas en aqueste tiempo ya tenían  
En Santafé noticia por los indios  
De paz cómo venían mal parados,  
Y en ese mismo punto despacharon  
Algunos españoles, y cargados  
Con ropas y alimentos yanacunas,  
Para favorecellos entre tanto  
Que llegaban allá los miserables.

Estos los encontraron, pero tales  
Que corazon humano no pudiera  
Dejar de derramar lágrimas vivas:  
Fueron los que venían veinte y cuatro,  
Y destos, ya cercanos á la villa,  
Con regalillos todo lo posible,  
Los tres ó cuatro dellos perecieron;  
Y los restantes que llegaron vivos  
Fueron tractados generosamente  
Por la gran caridad de los vecinos.  
E ya Gomez Fernandez reformado,  
Partió para su casa que en Encerma  
Tenía, con cuadrillas en las minas,  
Que mientras él absente le sacaron  
Mas de sesenta mil pesos de oro:  
Alivio singular y recompensa  
De costas hechas en aquel viaje,  
Do nunca lo dejó Francisco Barco  
Hasta ponello dentro de su casa;  
Y visto su leal comedimiento,  
Con experimentada valentía  
En aquella jornada trabajosa,  
Fué deste capitán favorecido.  
El cual vino después al Nuevo Reino,  
Y dada cuenta de lo sucedido  
A los jüeces del real senado,  
Por cuya comision él se dispuso  
A la ciega demanda del Dabaibe,  
Partió poco después para Castilla,  
Adonde, todavía con su tema,  
El gobierno pidió de los chocoes,  
Que por el gran Filipo le fué dado;  
E ya cuando venía con el cargo  
Dentro de la ciudad de Cartagena  
Cortó la dura parca sus diseños,  
Los cuales acabaron con su vida.  
Autorizaron estos funerales  
Pocos de los antiguos conocidos,  
Porque ya los amigos de su tiempo  
Gustado habian deste mismo trago;  
Mas no faltó quien sobre su sepulcro  
Mandó poner la letra que se sigue:

Aquí yá Gomez Fernandez  
En lugar estrecho puesto,  
Antes alivo y enhiesto;  
Pero las cosas mas grandes  
Vienen á parar en esto.  
Tuvo presuncion subida,  
Sin temor de la caída,  
No queriendo conocella  
Con esperanza de vida,  
Que es lo mas inclerto della.

### CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo por muerte de Gomez Fernandez se proveyó la go-  
bernacion del Chocó á Melchior Velazquez, y las entradas que hizo.

Del ejemplo pasado se colige  
Cómo nunca jamás al apetito  
Humano sucedió suerte tan llena  
Que con aquella quede satisfecho;  
Y así no pocas veces acontece  
Que por subir á mas alta cumbre  
Los hombres que vivian descansados  
Con una moderada pasadía  
Caen en los trabajos y aflicciones  
Que la necesidad trae consigo.

Destos ha sido Melchior Velazquez,  
De quien he de tractar en lo que resta  
Para dar fin á la tercera parte,  
Porque con su discurso se concluye  
Lo que de Popayán es dependiente.

Este hidalgo pues, siendo vecino  
De la ciudad de Buga, que confina  
Con tierras del Chocó do voy entrando,  
Teniendo buena suerte por servicios  
Hechos en allanar aquella tierra  
Y otras muchas provincias belicosas,  
Como tuviese nuevas de la muerte  
Del otro capitán Gomez Fernandez,  
Y se hallase con algun posible  
Para subir á dignidad mas alta,  
Importunado fué de sus amigos  
A demandar al rey aquel gobierno  
Con aquella esperanza cudiciosa  
Que su predecesor también tenia,  
Por ser, segun habemos declarado,  
Una pasta de oro toda ella,  
Aunque no con aquellas cualidades  
Que para la poblar son necesarias;  
Mas con pensar que yendo mas adentro  
Hallarian terrenos apacibles,  
Envió sus despachos á la corte,  
Que fueron á su gusto proveidos,  
Vista la cualidad de su persona  
Y méritos bastante bien probados.  
Y antes que los recados le viniesen  
Entró con cien soldados descubriendo,  
Y en un rincon halló las poblaciones  
De los indios que llaman coronados,  
Con otros que se llaman los tutumas,  
Que los unos y otros computados  
Se llegarían á seis mil vecinos,  
Malos de conquistar por ser valientes  
Y bien ejercitados en sus armas;  
Pero su buena maña pudo tanto  
Que los hizo venir á servidumbre,  
Y en sitio para pueblo conveniente  
A la ciudad de Toro dió cimiento  
Que promete perpetua permanencia  
Por la riqueza grande de sus minas.  
Entró mas adelante conquistando  
Indios que competian con tutumas,  
Que á la nueva ciudad contribuian,  
Y eran de los chocoes infestados,  
Y dellos trajo copia de captivos,  
Joyas y de veneras rica muestra,  
De que quedó mas engolosinado.

En este mismo tiempo gobernaba  
Bartolomé de Mazmela la tierra  
De Popayán, el cual le dió licencia  
A Francisco Redondo, que es vecino  
De Cali, hijo de Antonio Redondo,  
Para hacer entrada por aquellas  
Montañas, cuya fama se estendia  
Cerca de la riqueza de sus venas;  
Mas este capitán salió huyendo  
Con pérdida de muchos españoles  
Que le mataron en algunos pasos  
Los bravos defensores de su tierra.  
Y entonces le llegaron los despachos  
Al Melchior Velazquez del gobierno,  
Los cuales recebidos hizo gente,  
Y juntaria como cien soldados  
Con quien consumió copia de dineros  
Dándoles los avios necesarios.

Entró con ellos pues por las montañas,  
Llevando falsas guias de chocoes  
Que desviaron maliciosamente  
A nuestros españoles de los pueblos  
Que prometieron dalles en las manos,  
Y así fueron guiando por un rio  
En una y otra parte mal poblado;  
E ya reconocida la malicia  
Por ser la dilacion de muchos dias,  
Apartadas las guias y la lengua,  
India ladina de su propia casta,  
El Melchior Velazquez les pregunta:  
«¿Por qué me habeis mentido y engañado

Usando de tan gran maldad conmigo,  
Trayéndome por este despoblado  
Sin gente, sin labor y sin abrigo?  
Con gran razon estoy determinado  
De daros duro y áspero castigo,  
Para que los demás con escarmiento  
Enmienden este gran atrevimiento.»

El indio mas antiguo le responde:  
«Tengo por acertados los engaños  
Evitando los daños y los males  
De nuestros naturales y parientes,  
Por no dallos á gentes extranjeras,  
Y tú mismo hicieras otro tanto:  
Usa, que no me espanto de la pena,  
Pues estoy en cadena detenido;  
La muerte yo la pido, yo la quiero  
Contento, pues que muero sin ofensa  
Y por justa defensa de mi tierra.»

El Melchior Velazquez reportóse  
Oyendo lo quel bárbaro decia,  
Y con amenazallo solamente  
Cumplió con sus enojos y pasiones;  
Y luego hizo junta de su gente  
Para tomar acuerdo resolutivo  
En determinacion de su viaje,  
Y á todos les habló desta manera:  
«Amigos, mala burla nos han hecho  
Los indios que traíamos por guias  
Saltando del camino mas derecho  
En solitarias y dudosas vias,  
Por donde caminamos sin provecho  
Por tan crecido número de dias  
Sin descubrir terreno que contente,  
Ni cosa de que el campo se sustente.  
» De cuya causa yo me determino,  
Viendo tan enfadosos trompezones,  
De no proseguir mas este camino  
Ni meteros en otras confusiones,  
Sino volver atrás é ir á tino  
En demanda de aquellas poblaciones,  
Porque las guias, como no se mueran,  
Nos las tienen de dar aunque no quieran.

» Orden daremos para que se ablanden  
Y sean mas sinceros ó sencillos;  
E ya que con engaños se desmanden  
Por los hilos se sacan los ovillos,  
Pues caminos terrán por donde anden  
Por los cuales podremos descubrillos:  
Aquesto me parece y esto siento  
Debajo de buscar vuestro contento.»

Oidas las razones, todos ellos  
Le respondieron cómo no tenían  
Querer ni voluntad mas que la suya,  
Y aquella seguirian donde quiera  
Que le pluguiese de hacer viaje.

Con esto se volvieron á sus ranchos,  
Y un clérigo de misa que llevaban  
Oyó, parece ser, algunas cosas  
De lo que prometieron diferentes,  
Y al Melchior Velazquez en secreto  
Le dijo: «Procurad otro concierto,  
Porque me consta ser gente doblada,  
Y si volveis atrás tengo por cierto  
Que os tienen de dar todos cantonada,  
Pues murmuran de vos al descubierta  
Pesantes de venir en la jornada:  
Remédiese no sero, sino serio,  
Y creed que no hablo sin misterio.»

El buen gobernador quedó confuso,  
Y porque no saliesen de las redes  
Estuvo dando trazas y tanteos  
No sin fatiga del entendimiento:  
Y al cabo tuvo por mejor remedio  
Bajar en balsas por aquel gran rio  
Que parecia sesgo y apacible  
Para poder por él ir navegando  
Una y otra ribera descubriendo.  
Mandó hacer las balsas otro dia,  
Y cada camarada tuvo cargo  
De componer los palos en que fuese  
Con fuertes ligaduras amarrados,  
De manera que sin tocar al agua

Podian ir personas y adherentes;  
Una sola canoa razonable  
Do Melchior Velazquez navegaba  
Con seis arcabuceros, recogiendo  
Las balsas rezagadas que quedaban  
Por mil inconvenientes que suceden.  
Y habiendo desta suerte navegado  
Tanta distancia como de diez leguas,  
Dieron las balsas repentinamente  
Encima de un raudal impetuoso  
De peñas descubiertas y cubiertas,  
Donde se trastornaron sin remedio  
Ansi las balsas como la canoa,  
Y cada cual por escapar la vida  
Asidos de los frágiles navios  
Sustentaban los cuerpos en el agua:  
Pero celadas, cotas, arcabuces  
En busca fueron luego de su centro,  
Y arrebatados de la gran corriente  
Los sayos estofados y rodela  
Y los demás reparos de vestidos  
Acia la mar del Sur iban nadando,  
Dejándose los dueños á lo largo,  
Sin esperanza de poder cobrallos.

Salieron pues los nuestros á la playa,  
Mas por milagro que por fuerza suya,  
Los unos de los otros divididos.  
Segun mejor podia cada uno,  
Sin recurso de ropa que mudasen  
En vez de la que sacan empapada;  
Y juntos fué comun el desconsuelo,  
En hambre y desnudez todos iguales,  
Aunque mas perdidoso quien habia  
Hecho la costa del aviamiento.

Al fin como se viesen descompuestos  
Y de tantas angustias rodeados,  
El último remedio fué volverse  
A Toro, con trabajos que no pueden  
En prolijo papel ser numerados;  
Y así llegaron tales que gastaron  
Dos años y algo mas en reformarse.  
Al cabo de los cuales el Velazquez  
Tuvo noticia de los noanamas,  
Provincia del Chocó, de quien tractamos,  
Y con aquel deseo virtuoso  
Que tienen corazones generosos  
Con celo de vivir después de muertos  
Dejando por sus hechos buena fama,  
Armó como setenta compañeros  
De todas armas bien aderezados,  
Y entró con ellos siempre por caminos  
De gran dificultad, hasta que dieron  
En un gran rio cuya travesía  
Era dos veces mas en la distancia  
Quel rio grande de la Magdalena,  
Y en las riberas del algunos pueblos  
Cuyos caminos eran por el agua,  
Sirviéndose de bareas ó canoas  
En todos sus negocios y contractos.  
Y en el primero pueblo que se vido  
En la contraria banda situado  
Habia cantidad de plantanales  
Que las orillas frescas ocupaban,  
Racimos sazonados y maduros  
Pendientes de las plantas, convidando  
A los que se llegaron con canoas,  
En que vinieron del opuesto lado:  
Y con decillas Melchior Velazquez  
Que no llegasen á los platanales,  
No fuesen las Hespérides aquellas  
Donde el dragon guardaba las manzanas,  
Con la cudicia del suave fruto  
Faltóles obediencia, y acometen  
Sin orden divididos, derribando  
Aquí y allí racimos á porfia,  
Sin recelar el daño que tenían  
Cercano, pues estaban emboscados  
Dentro del platanal bárbaros fieros,  
Que cuando mas los vieron embobidos  
Salió la multitud y torbellino  
Con acometimiento furibundo,  
Y del primer encuentro se llevaron